

y á ratos sofocante. La superficie del agua, cubierta de hojas de rosa, ondulaba suavemente al ser cortada por los remos que á compás se movían. Ni el más tenue soplo turbaba la calma solemne del aire, y las florestas de las orillas permanecían inmóviles, como suspendidas y maravilladas de la magnificencia del espectáculo.

La balsa continuaba describiendo círculos sobre el agua...

Al fin llegó el sol á su ocaso, y, agrandándose, convertido en globo de fuego, ocultóse tras las copas de los árboles, bajo las cuales, entre floridos arbustos, tocaban el caramillo, la flauta del dios Pan y el tamboril centenares de sátiros y faunos. La mayor parte de los invitados estaban beodos. La colosal balsa giraba sobre sí misma junto á la orilla.

El crepúsculo vespertino fué saludado con himnos á la Luna; brillaron luego millares de luces en los bosques y resplandecieron como ascuas los edificios de las orillas en los que se hallaban las principales familias romanas; atracó la balsa, y saliendo de ella Nerón y los augustales se dispersaron por las florestas, en busca unos de nuevas diversiones, de quietud y reposo otros.

Otra vez aquella sociedad abyecta, degradada, disoluta, se revolcaba en la pestilente ciénaga de todas las corrupciones, cubriendo de rosas la superficie para engañar el alma con la fascinación de los sentidos.

Aunque al principio se dejara llevar por el universal desfreno, Vinicio no se embriagó como en el banquete del Palatino; pero, arrastrado con los demás augustales por el oleaje humano hacia donde andaba más desatada la orgía, vió venir, á la cabeza de un grupo de ninfas, á una mujer disfrazada de Diana, cuyas facciones eran parecidas á las de Ligia. En un restregar de ojos el grupo desapareció entre la espesura como manada de ciervas sorprendidas, y el tribuno quedóse clavado allí, transido el corazón de dolor, sin poder descifrar el misterio de aquella semejanza, sin comprender como había podido acudirle á la memoria el recuerdo del semblante adorado, puro como la luz del alba, en semejante lugar y en tan abyecta diversión. Fatigadísimo, hastiado, ávido de reposo, de respirar aires más puros y de ver las estrellas, que la espesura del ramaje ocultaba, disponíase á salir cuando dió de manos á

boca con una velada figura de mujer, la cual le dijo con acento imperioso y extraño:

— ¡Ven conmigo!

Vinicio, como si despertara de un sueño, le contestó:

— ¿Quién eres? No te conozco...

— ¡Adivínalos!... Si lo supieses vendrías sin titubear...

En esto oyóse muy cerca ruido de pisadas, y la misteriosa figura desapareció rápidamente. Vinicio se encontró en frente de Petronio, quien le dijo:

— He visto lo que te ha pasado.

Vinicio se limitó á contestar.

— ¡Vámonos!

Petronio no quiso contrariarle.

Pasando junto á los pabellones que parecían ascuas de oro merced á la profusión de luces, atravesaron la floresta y las filas de pretorianos y se metieron en la litera.

No despegaron los labios durante el camino; pero cuando estuvieron en el atrio de la casa de Vinicio, preguntó Petronio á éste:

— ¿Sabes quién era aquella tapada que habló contigo?

— ¡No! ¡Ni me importa saberlo!

— ¡Pues nada menos que la divina Augusta! Si la hubieses reconocido, tu negativa, tu desdén, nos habria perdido á ti, á Ligia y á mí.

— ¡Oh! ¡Estoy cansado de Roma, del César, de la Augusta, de los festines, de Tigelino y de todos vosotros! ¡Me ahogo! ¡No puedo continuar así! ¡No puedo!... ¿lo oyes?

Pero ¿qué te pasa? ¿eres ya cristiano?

El tribuno se cogió la cabeza con las manos y gritó con acento desesperado:

— ¡Todavía no! ¡Todavía no!

III

Petronio regresó á su casa de muy mal humor, convencido de que Vinicio y él no llegarían á entenderse porque tenían distintas ideas y hablaban diferente lenguaje.

Antes gozaba de gran autoridad sobre el joven militar y le servía en todo de modelo, bastándole una simple frase irónica

para disuadirle de realizar un acto ó para inducirle á cometerlo. De aquel predominio nada quedaba ya, y Petronio á la sazón no quería servirse del arma de la ironía porque la consideraba desprovista de toda eficacia para combatir un alma escudada en la doctrina cristiana y en un amor puro y sólidamente arraigado.

Y tanto más sentía haber perdido la influencia sobre su sobrino cuanto los riesgos á que estaba expuesto eran mucho mayores desde el misterioso incidente ocurrido en la fiesta del lago de Agripa, pues si á Popea se le antojaba haber sido reconocida y despreciada por Vinicio, trataría de vengarse, y, en caso contrario, buscaría nuevas ocasiones de comprometerle. Por otro lado, no era de esperar que la venganza de Popea se satisficiera con la perdición del tribuno y de su amada, antes era lógico suponer que empezaría por dirigirse contra él, Petronio, decidiendo en favor de Tigelino la sorda, pero empeñadísima lucha, que sostenían los dos poderosos rivales para obtener la privanza de Nerón; esto en caso de no hacerle pagar con la vida. Verdad que no temía la muerte; pero como no esperaba nada de ella, procuraba retardarla.

Después de larga meditación vino á concluir que el único medio de salvar á Vinicio de los peligros que le amenazaban era hacerle viajar; pero, bien persuadido de que no le sería fácil compelerle á su adopción, pensó en arrancar al César un edicto de expulsión contra los cristianos. De esta manera Ligia se vería obligada á huir y Vinicio la seguiría. Cuando los judíos, pocos años antes, por odio á los cristianos, provocaron desórdenes, Claudio expulsó indistintamente á todos los hebreos. Y ¿por qué Nerón no había de expulsar ahora á los cristianos? Después del famoso festín flotante, Petronio le veía todos los días, ora en el Palatino, ora en otros lugares. Sugerirle tal propósito no era pretensión descabellada, porque el César accedía siempre á cuanto pudiera perjudicar al prójimo. Petronio concibió la idea de invitarle á un banquete y arrancarle durante el mismo el edicto con la orden de ejecutarlo y hacerlo ejecutar. De esta manera obtenía el derecho de enviar á Ligia al punto que se le antojara, por ejemplo á Bahía, donde podría Vinicio arrullarla con entera libertad y sin riesgo alguno. En tanto frecuentaba la casa del tribuno porque éste, fingiéndose enfermo, no se dejaba ver por el Palatino y porque, no obstante su romano egoísmo, le quería entrañablemente y

abrigaba todavía la esperanza de impelerle á emprender el viaje.

Al fin, una mañana Nerón anunció á Petronio que dentro de tres días se partiría para Ancio. Apresuróse éste á participar la noticia á su sobrino, quien, por uno de los libertos del César, había recibido ya la lista de los invitados, en la cual figuraban los nombres de ambos.

— Si mi nombre no estuviera en ella — dijo Petronio — habría llegado mi última hora; pero es de suponer que se me permitirá prolongar la vida hasta después del viaje á Grecia, donde *Barbarroja* no puede prescindir de mí.

Y, dando una mirada desdeñosa á la lista, agregó:

— Apenas estamos de vuelta en Roma y ¡cátate otra vez camino de Ancio! Pero no hay más remedio que obedecer; la invitación es un mandato.

— ¿Y si á alguien le diera el antojo de no obedecerlo?

— Ese alguien recibiría acto seguido cierta orden de muy distinta índole: la de emprender un viaje del que no se regresa. ¡Lástima que no me atendieras cuando te aconsejé partir de Roma! Ahora deberás acompañarnos.

— Deberé acompañaros... ¡En qué tiempos vivimos y qué abyecta esclavitud es la nuestra!

— ¿Ahora lo notas?...

— ¡No! Mas intentaste demostrarme que el Cristianismo es enemigo de la vida humana, porque nos impone ciertas privaciones. Y ahora te pregunto: ¿crées, tú, que existen cadenas más pesadas que las que soportamos? Tú me dijiste: «Grecia engendró la sabiduría y la belleza: Roma, la fuerza.» Pues bien: ¿dónde está nuestra fuerza?

— Llama á Quilón, si quieres discutir; hoy no me siento en vena de filósofo. ¡Por Hércules, que no he sido yo quien ha creado esta edad, y menos, por tanto, el responsable de lo que ocurre en ella. Ten en cuenta que correrías inminente peligro si te negaras á acompañarnos. Más te valiera habértelas con Oso, el estrangulador de Crotón.

— ¡Peligro!... — exclamó Vinicio, haciendo un gesto desdeñoso. — Andamos á tientas en las tinieblas de la muerte y cada instante la afilada cuchilla siega en estas tinieblas una cabeza.

— ¿Quieres que te enumere todas las que han tenido un átomo de buen sentido y por ello, pese á Tiberio, Calígula, Claudio y *Barbarroja*, se han conservado firmes sobre los hom-

bros hasta los ochenta y aún hasta los noventa años? ¿Te basta para muestra el ejemplo de Domicio Afro que ha llegado tranquilamente á la senectud no obstante haber sido un bribón toda la vida?

—¡Precisamente por esto!; ¡precisamente por esto!—gritó Vinicio.

Y, cogiendo la lista de los invitados, leyó:

—Tigelino, Vatinio, Sexto Africano, Aquilio Régulo, Tulio Nerulino, Eprio Marcelo... etcétera. ¡La espuma de la canalla! ¡Y pensar que esa gavilla de facinerosos gobierna el mundo!... ¿No estarían más en carácter recorriendo las ciudades para exhibir alguna divinidad siria ó egipcia, tocando el sistro, ó ganándose el pan con sortilegios ó ejerciendo la noble profesión de saltimbanquis?...

—O más bien exhibiendo monos sabios, perros calculadores y burros flautistas—interrumpió Petronio.— Todo esto es muy cierto... pero hablemos de lo que nos importa... Dije en el Palatino que estabas enfermo y no podías salir de casa, y, sin embargo, figura tu nombre en la lista, lo cual prueba que alguien no ha prestado fe á mis palabras y ha tenido interés en que fueras invitado... ¡Por todos los dioses infernales te conjuro, pues, á que conserves el ápice de razón que los cristianos te han dejado! ¿Es posible que vaciles entre una amenaza hipotética y una amenaza real y positiva? Si odias la vida, ábrete las venas ó arrójate sobre la punta de la espada, pues si desdeñas la invitación no será menos horrible el género de muerte á que serás condenado. Antes eras más razonable... Al fin y al cabo, ¿de qué se trata? ¿Se te quiere humillar? ¿Será obstáculo este viaje para que continúes amando á Ligia?

Vinicio, que le escuchaba con aire distraído, al oír este nombre exclamó:

—Debo verla.

—¿A quién?, ¿á Ligia?

—Sí, á Ligia.

—¿Sabes dónde está?

—No.

—De suerte que volverás á vagar por los antiguos cementerios y por las callejuelas del *Transtevere*?...

—No lo sé; mas debo verla.

—Está bien; aunque cristiana, tendrá, de seguro, más juicio que tú y no querrá ser causa de tu desgracia.

Vinicio, encogiéndose de hombros, repuso:

—Ella me salvó de las manos de Oso.

—Date prisa, pues, porque *Barbarroja* no aplazará el viaje y también en Ancio se pueden firmar sentencias de muerte.

Ya no le escuchaba Vinicio. Un solo pensamiento absorbía su atención: ver á Ligia.

Al día siguiente, estando Vinicio en el atrio, reapareció Quilón, hambriento y andrajoso. Los esclavos le dejaron franco el paso porque el amo no había revocado la orden de que le permitiesen entrar á cualquier hora del día ó de la noche.

—¡Los dioses te concedan la inmortalidad y dividan contigo el imperio del mundo!—dijo en tono humilde.

El primer impulso de Vinicio fué echarlo de casa; pero se contuvo al pensar que tal vez sabría algo de Ligia. La curiosidad se sobrepuso al enojo.

—¿Eres tú?—preguntóle;—¿qué se te ofrece?

—Mal andamos ¡oh, hijo de Júpiter!—contestó Quilón.— La virtud es mercancía muy poco apreciada en nuestros mercados, y por el más venturoso de los hombres ha de tenerse el sabio que cada cinco días puede comprar una cabeza de carnero y roerla en un rincón de su tugurio condimentada con lágrimas. ¡Ah, señor! Cuanto me diste lo he gastado en libros que compré en la tienda de Atracto. Después, señor, fui robado, arruinado, y el esclavo que adquirí para que escribiera mis lucubraciones se fugó llevándose el resto de tus donativos. He quedado, pues, en la indigencia; y, ¿á quién dirigirme sino á ti ¡oh, Serapis! á ti, á quien amo, á quien adoro y por quien más de una vez he expuesto la vida?...

—¿A qué has venido?; ¿qué traes?

—Vengo á implorar tu auxilio ¡oh, Baal! y te traigo mi pobreza, mis lágrimas, mi cariño, y, en fin, noticias que he recogido para ti.

Pero, observando por la contracción del entrecejo de Vinicio que se avecinaba la tormenta, se apresuró á añadir:

—Sé en donde se oculta la divina Ligia y te enseñaré, si quieres, la calle y la casa.

Vinicio, reprimiendo la ira, preguntóle:

—¿Dónde está?

—Está, con Oso, en casa de Lino, un viejo sacerdote cristiano. El gigante continúa trabajando en la tahona de... de aquel que lleva un nombre igual al de tu liberto... Demas, si,

eso es, Demas... Como el terrible ligio sigue formando parte de la tanda nocturna, si de noche haces rodear el edificio, que está aislado, por tus esclavos, fácil te será apoderarte de la doncella. Lino es muy viejo, y en la casa sólo hay otras dos mujeres, ancianas también.

— ¿Y por dónde has sabido todo esto?

— Bien recordarás, señor, que los cristianos pudieron vengar, matándome las ofensas que les hice, y, no obstante, me perdonaron. No debe admirarte, pues, que de mi corazón rebose la gratitud. Hombre chapado á la antigua no olvido nunca los favores ó beneficios recibidos. Luego ¿cómo quieres que dejara de informarme de lo que había sido de mis amigos y bienhechores, del estado de su salud, de la casa adonde se habían trasladado? ¡Ah, no, por Cibeles Pesiniútica!... Al principio estuve indeciso y vacilante, temeroso de que pudiesen tomar mi oficiosidad por espionaje; pero me animó el pensamiento de que son muy generosos; de que fácilmente perdonan las ofensas. Sin embargo, ante todo pensaba en tí, señor. Nuestro último intento fracasó; y, ¿cómo un hijo predilecto de la Fortuna podía resignarse á esta decepción? Era preciso acometer de nuevo la empresa; prepararte la victoria... La casa está aislada; de tí depende, pues, ¡oh, señor! que la excelsa hija del rey de los ligios se siente en tu mesa esta noche. Si logras dar feliz término á la aventura no olvides cuanto á ello ha contribuido el pobre, el hambriento hijo de mi padre.

Una oleada de sangre se agolpó á la cabeza de Vinicio: otra vez le incitaba la tentación. «Nada más sencillo que apoderarse de Licia, y una vez en su poder ¿quién se atrevería á arrebatársela?... ¡Que se fueran noramala todos los cristianos con sus lúgubres doctrinas!... ¿No era aquella ocasión propicia para desprenderse de tan inútil carga y vivir como vivían los demás? ¡Que se las compusiese después Licia como le viniera en gana para conciliar su nuevo estado con los principios que profesaba! ¡Bah, bah! ¡Aquella misma noche la tendría en casa, sentada á su mesa! Todo lo demás debía importarle muy poco.»

«Por otra parte, no era fácil prever lo que ocurrir pudiera al encontrarse la doncella en un mundo que á la sazón desconocía. ¿Por qué, pues, detenerse ante escrúpulos nimios y pueriles?... ¡Qué vida había llevado hasta entonces!; ¡triste existencia de sinsabores, congojas, deseos no satisfechos, pasiones reprimidas, preguntas no contestadas! ¡Y era cosa de un instante tro-

carla por otra llena de alegrías y bienandanzas! Ciertamente que había jurado no atentar contra la libertad de su amada; mas ¿por quién lo había jurado?; no por los dioses, en quienes no creía; tampoco por Cristo, de quien aún dudaba. Además, estaba dispuesto á casarse con Licia, y esto constituía para ella un honor, no un ultraje.»

Al llegar á este punto de sus reflexiones se acordó del día en que, acompañado de Crotón, penetró en la casa donde la doncella moraba; del puño descomunal de Oso levantado sobre su cabeza; de los gritos que dió Licia al prohibir al gigante que le matara; de la solicitud tierna, casi maternal, con que le cuidó la castísima virgen, que su imaginación le reproducía en aquel momento inclinada sobre la cabecera del lecho, vestida de esclava. Sus ojos se dirigieron involuntariamente hacia el larario en donde se hallaba la cruz que ella le había dejado al desaparecer de casa de Miriam.

«¿Y le había de recompensar estas inequívocas pruebas de amor con un nuevo atentado? ¡Ah, no! Licia no podía entrar en su morada como una esclava rebelde, sino por propia voluntad. Traerla por fuerza era acto abominable que en modo alguno podía cometer quién, como él, la amaba por su candor, por sus virtudes.»

Pensó entonces que de nada le serviría tenerla en casa si no poseía su corazón, y, reaccionando contra los primeros impulsos, desplegó las indomables energías de su natural violento en opuesto sentido. Dirigió, pues, á Quilón terrible mirada, primer signo del deseo vehemente que, veloz como el rayo, se había apoderado de él, de aplastar al filósofo como se aplasta un insecto ó una víbora. Este le contemplaba con inquietud, y, con una mano oculta entre los andrajos, se rascaba el pecho.

De pronto oyó el griego estas palabras:

— No seguiré tu consejo; mas no quiero privarte de la recompensa que mereces: voy á ordenar inmediatamente que te den trescientos azotes en mi ergástulo.

Quilón palideció, temblando de pies á cabeza. Conocía demasiado la impetuosidad desenfrenada de Vinicio y los efectos de la crueldad romana para mantener la esperanza de que tal amenaza pudiera dejar de cumplirse. Además, Vinicio expresaba con el semblante de manera tan elocuente la irrevocabilidad de su resolución que el griego desechó en seguida la idea de que pudiera chancearse.

Y, cayendo á los pies del patricio y encorvando las espaldas, empezó á lamentarse de esta manera:

—¿Qué has dicho? ¡oh, rey de Persia!... ¿y por qué?... ¡Oh, pirámide de gracia!; ¡oh, coloso de misericordia!... ¡Soy un pobre viejo, miserable y hambriento!... ¡Bien sabes que te he servido fielmente!... ¿Este es tu agradecimiento?...

—El mismo que tienes tú á los cristianos.

Llamó al mayordomo. Entonces Quilón con un movimiento convulsivo se asió á las rodillas del tribuno, gritando:

—¡Señor! ¡Señor!... ¡sólo cincuenta!... ¡son muchos trescientos!... ¡Soy un pobre viejo! ¡Sólo cincuenta!... ¡ciento! ¡Trescientos no!... ¡Ten piedad de un desdichado!...

Vinicio, rechazándolo con el pie, ordenó que se lo llevaran. En el acto aparecieron dos robustos cuados, los cuales, cogiendo al griego por los pocos cabellos que le quedaban y envolviéndole el rostro con el manto andrajoso, se lo llevaron al ergástulo.

—¡En nombre de Cristo!—gritó Quilón desesperadamente en la puerta de la estancia.

Al quedar sólo Vinicio, animado por la resolución que acababa de tomar, trató de poner en orden sus confusos pensamientos. La victoria alcanzada sobre sí mismo le henchía el corazón de varonil orgullo, pues pensaba haber dado un gran paso para conquistar el corazón de Ligia. No paró mientes, al pronto, en la iniquidad de su conducta respecto de Quilón, á quien mandaba apalearse por el mismo motivo que antes le había movido á recompensarle con largueza. Su alma era aún bastante romana para gozarse en los sufrimientos ajenos y para despreciar á un miserable griego; si bien á reflexionar serenamente sobre el caso no habría dejado de considerar que con el castigo impuesto llevaba aquel bribón su merecido. Pero fijo en su amada el pensamiento, no estaba para tales reflexiones. «No, no te devolveré mal por bien, decía entre sí, y más adelante, cuando sepas como me he portado respecto de quien me excitaba á atentar contra tu libertad, me estarás agradecida.» Preguntóse, sin embargo, si aprobaría Ligia su conducta con respecto al griego. «La doctrina por ella profesada ¿no ordenaba perdonar á los enemigos?; ¿no habian los cristianos perdonado á aquel miserable teniendo mayores agravios que vengar de él?» En aquel momento oyó en el fondo de su alma el eco del grito de Quilón: «¡En nombre de Cristo!», y, recordando que esta invocación había salvado al griego de las manos del

ligio, decidió perdonarle los azotes que faltaban para la cabal cuenta de los que le había impuesto.

Disponiase á llamar con tal objeto al mayordomo cuando éste entró.

—Señor—dijo—el viejo se ha desmayado y aun es posible que esté muerto. ¿Hemos de continuar azotándole?

—Hacedle recobrar el sentido, y que entre.

Desapareció el liberto tras la cortina; mas no debió de ser empresa fácil la de volver en sí á Quilón, pues el patricio tuvo que aguardar un buen rato y ya empezaba á impacientarse cuando lo introdujeron en el atrio los esclavos. A una señal del amo, salieron éstos. El filósofo estaba pálido como la cera y corrían por sus escualidas piernas hilillos de sangre que manchaban el mosaico. Cayó de hinojos á los pies de Vinicio exclamando:

—¡Gracias, señor! Eres misericordioso y grande...

—Quiero que sepas—manifestóle Vinicio—que te he perdonado por el amor de Cristo, á quien también yo debo la vida.

—Os serviré á ti y á él ¡oh, señor!

—Calla y escucha. ¡Levántate! Vendrás conmigo y me enseñarás la casa en donde se halla Ligia.

En vano intentó alzarse Quilón. Al cabo, palideciendo aún más, con voz angustiada respondió:

—¡Señor, me estoy muriendo de hambre... Iré contigo, señor, iré... Pero ordena antes que me traigan las sobras de la comida de tus perros...

Vinicio mandó que le dieran de comer y además un manto y dinero. Quilón, extenuado por el largo ayuno y por el vapuleo no pudo andar, ni aún después de haber comido. Se le erizaba el pelo sólo de pensar que Vinicio, tomando por desobediencia la debilidad, pudiese ordenar un suplemento de azotes.

—Haz que me den un vaso de vino—repetía el miserable á quien le castañeteaban los dientes—y te juro me sentiré luego con ánimos de ir á la Magna Grecia.

Humedecido el gaznate, cobró mayores alientos, y partieron. El camino era largo, pues Lino, como la mayor parte de los cristianos, vivía en el *Transtevere*, no lejos de la morada de Miriam, en una casita aislada, circuida por un muro cubierto de yedra.

—Esta es, señor, la casa—dijo Quilón al estar cerca de ella.

—¡Bien!—contestó Vinicio.—Ahora puedes marcharte.

Pero fijate en lo que voy á decirte: no te acuerdes más de que me has servido; olvida en donde viven Miriam, Pedro y Glauco; olvida también esta casa y á todos los cristianos. Irás mensualmente á la mía, donde mi liberto Demas te entregará dos monedas de oro. Pero si continúas espiondo á los cristianos te haré matar á palos ó te entregaré al Prefecto de la Ciudad.

Quilón se inclinó y dijo:

— Lo olvidaré todo.

Pero apénas Vinicio hubo traspuesto la esquina, levantando el puño con ademán amenazador, gritó:

— ¡Juro por Atea y por las Furias que te acordarás de mí! Y de nuevo se desvaneció.

IV

Encaminóse directamente el tribuno á la casa de Miriam. A la puerta topó de manos á boca con Nazario, quien al verle turbóse en términos que apenas oyó su afable salutación.

En la casa, además de Miriam, encontró á Pedro, á Glauco, á Crispo y á Pablo de Tarso, quien acababa de regresar de Fregela. La sorpresa se pintó en todos los semblantes al aparecer Vinicio, el cual, con voz solemne, dijo:

— ¡Os saludo en nombre de Cristo, á quien veneráis!

— ¡Sea santificado su nombre por los siglos de los siglos!

— He sido objeto de la bondad de vuestras almas y he comprobado vuestras virtudes; he aquí porque vuelvo como amigo.

— Y como amigo te acogemos nosotros — contestó Pedro. — Siéntate, señor, y participa de nuestra comida. Eres nuestro huésped.

— Me sentaré á vuestra mesa; pero antes escuchadme, tu, Pedro, y tu, Pablo de Tarso, pues quiero tengáis una prueba de mi sinceridad. Sé donde está Ligia; vengo de la casa de Lino donde se oculta; bien sabéis que es mía por concesión del César y que poseo quinientos esclavos con los cuales me sería fácil apoderarme de ella. Podría hacerlo sin dificultad alguna, repito, y, sin embargo, no lo he hecho, ni lo haré.

— ¡La bendición de Dios descienda sobre tu cabeza y purifique tu corazón! — repuso Pedro.

— Antes de conoceros, sin consideraciones de ningún género habríame apoderado de ella. y por la fuerza la retendría en

casa; pero vuestras virtudes y vuestra fe, aunque yo no la tenga, me han transmutado el alma de tal suerte que he llegado á detestar toda violencia. Esta es la razón de que me presente ante vosotros, que reemplazáis á los padres de Ligia, y os diga: otorgadme su mano; os juro que no le impediré adorar á Cristo, y yo mismo procuraré penetrarme de su doctrina.

Hablaba resueltamente, pero conmovido. Profundo silencio acogió sus palabras. Para prevenir una respuesta negativa continuó:

— Sé cuales son los obstáculos que se oponen á mi dicha; pero la amo más que á las niñas de mis ojos, y, aunque no soy cristiano, no os aborrezco á vosotros, ni á Cristo. Quiero ser sincero para que no dudéis de mí. En este momento se resuelve el gran problema de mi vida y nada os oculto. Otro os diría: bautizadme; yo me limito á deciros: iluminadme. Creo que Cristo resucitó porque lo afirman hombres que detestan la mentira y presenciaron el hecho con sus propios ojos. Creo, porque lo he comprobado personalmente, que vuestras doctrinas difunden el bien, la justicia, la misericordia, en vez de inducir á la comisión de los delitos de que se os acusa. Conozco de ellas únicamente lo poco que he oído de vuestros labios, lo que puede colegirse de vuestros actos y lo que he aprendido en las pláticas con Ligia y con vosotros, y, no obstante, os repito que en mi alma se ha verificado profunda transmutación. Antes trataba con dureza á los esclavos; ahora no puedo. Antes me era desconocido el sentimiento de la piedad; ahora lo conozco. Antes me atraían los placeres; ahora los huyo. Antes fiaba en la fuerza; la odio ahora. Los banquetes, el vino, el canto, las cítaras, las coronas de rosas me fastidian, y me fastidia también el Palacio de Nerón. Y cuando pienso que Ligia es más pura que la nieve de las cimas de los montes, la amo más aún; y cuando medito que así la hicieron vuestras doctrinas, las amo también con toda el alma y ansio conocerlas, aunque no sé si podré acomodar á ellas mi vida y si podrá soportarlas mi espíritu, á pesar de que son cada día más terribles las torturas que experimento y de que camino entre tinieblas.

Contrájole el dolor la frente y la sangre le tiñó las mejillas. Su palabra por momentos se hacía más rápida y animada.

— Ya lo véis: sufro porque amo; sufro porque ignoro. Me han dicho que vuestra doctrina es destructora de la vida, de la

felicidad, de las leyes, del régimen político, del poderío romano. ¿Es esto verdad?... Me han asegurado que sois unos dementes... Decidme: ¿cuáles son vuestros principios? ¿Es para vosotros pecado el cariño?; ¿lo es la alegría, el andar tras la felicidad? ¿Sois acaso enemigos de la vida humana? ¿He de renunciar á Ligia? ¿En qué consisten, pues, vuestras doctrinas? Vuestras palabras y vuestros actos son transparentes como agua de cristalino manantial; pero ¿qué se esconde en el fondo de esa agua? ¡Disipad las tinieblas que me rodean! Me han objetado: «Grecia creó la sabiduría y la belleza; Roma la fuerza; pero ¿qué pueden crear los cristianos?» Pues bien; decídmelo: ¿qué traéis al mundo vosotros? Si detrás de vuestras puertas hay la luz, abrid-melas de par en par para que yo pueda anegarme en ella.

—Traemos el amor— dijo Pedro con sencillez; —traemos el amor, que se condensa en Dios, y de Él emana y se extiende sobre todos los hombres y todas las cosas; amor que no excluye el que tú sientes; pero sí lo purifica y lo santifica.

Pablo de Tarso agregó:

—Aunque hablase todas las lenguas humanas y la de los ángeles, mi voz resonaría hueca como un cimbalo si no la animase el amor.

El corazón del viejo Apóstol estaba profundamente conmovido ante el espectáculo de aquella alma sedienta de luz, que como pájaro escapado de la jaula volaba hacia el sol; y extendiendo sus manos hacia el tribuno exclamó:

—¡Llamad y se os abrirá! La gracia y la misericordia del Señor descienden sobre tí. ¡En nombre de Dios te bendigo, y bendigo tu corazón, y bendigo tu amor purificado!...

Al oír estas palabras, Vinicio, que ya estaba hondamente agitado, corrió hacia Pedro... y acaeció entonces una cosa inaudita y admirable. El descendiente de los antiguos quirites, que pocos meses antes se negaba á reconocer en un extranjero la calidad de hombre, cogió la mano del anciano galileo y la besó efusivamente en un transporte de gratitud.

Pedro se regocijó pensando que la semilla había caído en tierra fecunda y que sus redes de pescador habían cogido otra alma.

Los demás cristianos dijeron á coro:

—¡Gloria á Dios en las alturas!

Vinicio se puso en pie, é, irguiendo la cabeza radiante de alegría, dijo:

—Estoy persuadido de que es posible hallar entre vosotros la felicidad, porque me siento feliz en este instante, y no creo que os sea difícil convencerme de todas las demás verdades que el Divino Maestro os ha enviado á esparcir por la tierra. Pero no puedo recibir vuestras enseñanzas en Roma. El César partirá en breve para Ancio y me ha ordenado que le acompañe. Bien sabéis que desobedecer sus mandatos es entregarse en brazos de la muerte. Si merezco vuestra confianza, acompañadme y me iniciaréis en la doctrina de Cristo. Estaréis allí más seguros que yo; por otro lado, nadie os impedirá propagar la fe de Cristo en el mismo Palacio de Nerón. Se asegura que Actea es cristiana y que tenéis adeptos aun entre los pretorianos. Mis propios ojos vieron como en la Puerta Nomentana dos de ellos se arrodillaron ante ti, Pedro. Poseo en Ancio una casa donde nos podremos reunir sin obstáculos. Glaucó me dijo que por una sola alma estáis dispuestos á correr de uno á otro extremo del mundo. Pues bien; haced por mí lo que por otros hicistéis. La misión que os confió Cristo os trajo de Judea á Roma: venid por mí á Ancio. ¡No abandonéis mi alma!...

Deliberaron los cristianos sobre lo que les convenia hacer pensando con júbilo en el valor de su triunfo y en la resonancia que en el mundo pagano tendria la conversión de un augustal descendiente de una de las familias más ilustres de Roma. A nadie se le ocurrió dar respuesta negativa á la petición de Vinicio. Mas Pedro, pastor de toda la comunidad, no podia partir porque su ministerio sagrado le retenia en Roma; Pablo, por el contrario, acababa de regresar de Aricia y Fregela y disponiase á emprender otro largo viaje á Oriente para visitar aquellas iglesias, y no opuso el menor obstáculo á acompañar al joven tribuno, tanto más cuanto en Ancio podia fácilmente encontrar nave que le condujera á Grecia.

Aunque pesaroso de que Pedro, á quien tanto debía, no le acompañase, Vinicio le expresó su gratitud y le dirigió otro ruego.

—Sé donde está Ligia— dijo— y podria sin vuestra intervención ir á su encuentro para preguntarle si consentirá en ser mi esposa cuando me haya convertido; mas prefiero suplirte á tí, Apóstol, que me consientas verla y aun que me acompañes tú á su casa. Ignoro cuanto tiempo estaremos en Ancio. Por otra parte los cortesanos no tenemos jamás seguro el mañana. Déjame, pues, verla antes de partir, para preguntarle

si olvidará el daño que le he hecho y si está dispuesta á compartir conmigo la dicha y los pesares.

Pedro sonrió con dulzura y dijo:

— Es honesto y justo tu deseo, hijo mio; ¿cómo no hemos de acceder á satisfacerlo?

Vinicio le besó nuevamente la mano, y el Apóstol, poniéndole la diestra sobre la cabeza, le dijo:

— Pero no temas á Nerón. En verdad te digo que no caerá ni un solo cabello de tu cabeza mientras estés en Ancio.

Miriam salió en busca de Ligia y como era corta la distancia bien presto reapareció por entre los mirtos del jardín, llevando de la mano á la virgen.

Quiso correr á su encuentro Vinicio; pero á la vista de aquel ser tan querido la dicha le paralizó las piernas, y quedó inmóvil y suspenso, latándole el corazón con más violencia que cuando por primera vez oyó silbar las flechas de los partos.

Ligia quedóse muy sorprendida, pues nada sabía ni sospechaba de lo ocurrido. Ruborizándose y palideciendo alternativamente, miraba á todos lados con curiosidad y recelo; pero en los circunstantes vió solamente miradas tiernas y bondadosas.

El Apóstol Pedro se acercó á ella y preguntóle:

— Ligia... ¿le amas?...

Hubo un momento de silencio. Los labios de la joven temblaron como los de un niño que rompe á llorar por haber cometido una falta y verse constreñido á confesarla.

— Contesta... — dijo el Apóstol con acento de ternura.

Ligia cayó á sus pies de rodillas y con voz trémula balbuceó:

— ¡Si!...

Al mismo tiempo dobló á su lado las rodillas Vinicio, y el Apóstol, poniendo las manos sobre sus cabezas, pronunció estas palabras:

— Amaos en Nuestro Señor Jesucristo y para su mayor gloria, que no hay pecado en vuestro amor...

V

Paseando por el jardín, Vinicio, con palabras que le salían del corazón, explicaba á Ligia lo que momentos antes había

confesado á los Apóstoles: la agitación de su alma, el cambio que había experimentado en ideas y sentimientos, la inmensa tristeza que le cubría el corazón desde que ella desapareció de la casa de Miriam. Confesóle que había procurado olvidarla, aunque en vano, pues la ausencia le agigantó el amor y su recuerdo le llenaba noche y día el pensamiento. Mostróse arrependido del daño que le había hecho, disculpándose, sin embargo, en lo mucho que la había amado. « Nunca, nunca, ni un instante dejo de amarla ». La amó desde que tuvo la dicha de verla en casa de los Aulo; la amó en el Palatino; cuando volvió á verla cerca del Apóstol, en el Ostriano; cuando intentó robarla; cuando con tierna solicitud ella le cuidaba á la cabecera del lecho y cuando por segunda vez huyó de él. Quilón había descubierto su nueva morada y aconsejándole el rapto; pero él había castigado al griego, prefiriendo pedir á los Apóstoles la mano de su amada y que le iniciaran en la fe. « ¡Bendito el instante, repetía, bendito el instante en que tuve tal inspiración, pues me permite estar á tu lado sin el temor de que huyas de mí, como antes hiciste! »

— No, ahora no huiré — dijo la doncella timidamente.

— ¿Y por qué huiste entonces?...

— Hui del pecado.

Vinicio estuvo un momento silencioso. Después prosiguió diciéndole que paulatinamente se le habían ido abriendo los ojos á la verdad al observar que ella no se parecía á ninguna otra mujer romana, exceptuando á Pomponia; y que á través de su belleza corpórea columbraba la aparición de una belleza hasta entonces desconocida, de una belleza sin formas exteriores: la belleza del alma. Le dijo también, y esto le colmó de gozo, que había contribuido á avivar su cariño el mismo hecho de la fuga y que en el hogar la consideraría como una santa.

Luego, trémulo de emoción, la contempló largo rato, repitiendo á cada instante su nombre como para persuadirse de que la había encontrado y de que la tenía á su vera.

Después le preguntó que pasaba por su alma y ella le dijo que ya le amaba antes de salir de la casa de Aulo y que si desde el Palatino la hubiese restituido á sus protectores ella misma les habría revelado su amor.

— Te juro — dijo Vinicio — que espontáneamente nunca se me habría ocurrido arrebatarte á los Aulo. Ocasión tendrás de oír de labios de Petronio que yo le declaré que deseaba